





Miguel d'Ors

Nací en 1946, en una familia de clase media que contaba ya con tres generaciones de universitarios y que nunca tuvo coche, pero sí muchos libros e ideas muy claras sobre lo que tiene verdadero valor y lo que no. Nací en Galicia, y viví allí hasta los catorce años. Soy el mayor de once hermanos. Me educaron en la Fe católica, el desprecio de los tópicos, la desconfianza ante la democracia y la desvergüenza intelectual; así que tengo todas las papeletas para ser un triunfador.

Estudí en la Universidad de Navarra de los años sesenta.

Mis grandes pasiones son, sin orden de prioridad, la Poesía y el Alpinismo.

Soy millonario de amistad.

Cereza

Los sabios seguirán diciendo que es el nombre
de los frutos del prunus no sé cuántos.
Nunca sospecharán que hay gente en cuyo idioma
la palabra cereza significa, además
de esa pequeña esfera de dulzura carnosa,
una tarde de Hoyos del Espino,
un huerto de guisantes, lechugas y cebollas,
la selección de fútbol de Brasil, la ranchera
titulada «La feria de las flores», la vara
de San José, un nevero borrado por la niebla,
los manuscritos de Santa Teresa,
una felicidad diseñada en el Cielo,
un Audi A—3 estúpido
y todavía algunas cosas más.

21—VI—10

Gansos

Escribiendo su V en la tarde de marzo,
pasan, altos, los gansos hacia el Norte.
Se van, se alejan mientras va rindiéndose el sol.
Adiós, adiós. Aquí
abajo nos quedamos, en el fondo del cielo,
yo y mis cosas. Adiós.

Y con vosotros
se va también, se pierde para siempre
este minuto hermoso de mi vida.

11—VI—10

Flores de espino albar

Entre las hoscas rocas desgajadas
 por los hielos tenaces
 y las ventiscas de estas inhóspitas alturas,
 flores de espino albar. Qué delicada
 constelación de tímida
 blancura, qué sorpresa de belleza.

Flores de espino albar en el barranco.
 No necesito nada más; me colma
 la levedad purísima
 de estas estrellas vegetales. No
 hay que buscar en ellas
 ningún significado más allá
 de su presencia luminosa: flores
 de espino albar, un don por sí mismas. No enseñan
 nada, no simbolizan nada. Las ajaría
 usándolas para una moraleja.

16—XI—10

Insectos

Qué cerca cada instante, qué mezclados
con nuestras vidas, y a la vez qué ajenos,
los insectos.

Las moscas machadianas,
inoportunas, tercas, en los ojos,
en la nariz del muerto; los mosquitos
que también participan a su modo
en las lunas de miel, las vacaciones,
las rupturas de muchos de nosotros;
las pulgas que en la ropa de Cervantes
compartieron con él el cautiverio;
la mariposa intrusa en un partido
histórico de fútbol —a ella nunca
la expulsarán del campo—; la carcoma
que roía la mesa en que Galdós
iba escribiendo su *Misericordia*;
las chinches que en las pútridas trincheras
del frente de Gadesa aquel agosto
del año 38 recibían
también el fuego de ametralladora;
la momentánea avispa que atraviesa
el caballete de Monet; el grillo
que ahora mismo entreteje su compás
con el compás humano de estos versos.

Qué cerca cada instante, qué mezclados
con nuestras vidas, y a la vez qué ajenos.

Revés

«haciéndolo para siempre».
(Juan Ramón Jiménez)

Es el verano del 58.
Con aquella raqueta de pesada madera,
blancos camisa y pantalón, devuelves
con perfecto revés, cruzando bien la pierna
contraria por delante y sin perder
la sonrisa de gentleman,
una pelota malintencionada.

Mis once años admiran desde un rincón tu estilo
invencible, forjado en el césped krausista
del Instituto-Escuela. Tú tienes —hoy lo sé—
cuarenta y tres, y estás en el momento
dorado de tu vida. Un halo heroico
circunda tu figura.

No sé qué dirán Newton y las leyes
del Movimiento, el Tiempo y el Espacio, pero este
revés irreprochable —tú de blanco radiante,
tu sonrisa madura y bronceada
y la pierna cruzada como mandan los cánones—
está durando ya más de cincuenta años.

17/18—XI—10